

XX.

El manuscrito de Eva.

(Continuacion de hojas sueltas.)

*Cárcel de la Fuerza 17 de Junio 1794 (por la noche.)*

Estoy en la cárcel de la Fuerza, en el mismo aposento que ocupó Vergniaud.

Referiré lo que ha sucedido.

Deseaba asistir á la ejecucion; bajé de casa de la señora de Condorcet y me coloqué delante de la carreta.

Un hombre con uniforme de general, cubierto con un sombrero con plumas, hacia un molinete con su sable para abrir camino á la carreta.

Era el general Henriot.

Me dijeron que solo en ocasiones solemnes era el proveedor de la guillotina.

El que me dió estas explicaciones era un hombre como de cuarenta y cinco años, ancho de hombros, y segun me parecia, muy conocido de la plebe, porque sin usar sus fuerzas hercúleas le abria paso la multitud y le saludaba.

—Caballero, le dije; tengo el mayor interés en ver lo que va á pasar: ¿me haceis el favor de permitirme que vaya al lado vuestro para que pueda aprovecharme de vuestra popularidad y de vuestra fuerza?

El desconocido me midió de alto abajo con una mirada bondadosa, y me dijo con amabilidad:

Todavía es mejor que tomeis mi brazo, pero no me llameis *caballero*, ciudadanita; es una asa que añadida al nombre trasciende á aristocracia para un hombre como yo. Tomad mi brazo, y si que-  
reis ver, podeis hacerlo mejor que nadie.

Me apoyé en su brazo; deseaba ver, pero sobre todo ser vista.

Me habia ofrecido lo que podia cumplir. A pesar de la multitud compacta que nos rodeaba, no nos cerraba el paso, y continuaba saludando á mi compañero, y al cabo de diez minutos nos encontramos en el mismo sitio en donde estuve con Danton el dia de la ejecucion de Carlota Corday, es decir, á la derecha de la guillotina.

Detrás de mí estaba la famosa estatua de la Libertad, modelada por el escultor David para la fiesta del 10 de Agosto.

¿Pero qué habia sido de las dos palomas que se refugiaron aquel dia en su regazo?

Las carretas se detuvieron segun el órden que llevaban desde su salida de la Conserjería y en medio de los gritos é injurias de la muchedumbre.

No habian colocado los sentenciados más ó ménos culpables antes ni despues como hacian generalmente; sabian que ese dia eran todos inocentes y que daba lo mismo unos que otros.

No puedes figurarte, amado Jacobo, el aspecto que presentaba aquella terrible carnicería.

Durante una hora, una hora eterna, interminable, funcionó la horrorosa máquina, cayendo la cuchilla cincuenta y cuatro veces, y cada vez extinguiendo una vida henchida de ilusiones y esperanzas.

Los verdugos estaban cansados ya: los pacientes les animaban.

Varias veces sentí que el brazo del hombre sobre el que me apoyaba se estremecía, y que cada vez que caia la cuchilla recorria su cuerpo un movimiento convulsivo.

Su rostro estaba sombrío y profundamente triste, y le oí murmurar:

—¡Oh, esto es demasiado; los hombres, pase; pero mujeres, mujeres, infelices!

Ya no faltaba más que la pobre Nicole, la jovencita de diez y

siete años, la desdichada artesana, cuyo solo delito era el haber llevado la comida á la señorita de Grand-maison.

El espía de la policía que habia ido á prenderla al sétimo piso en donde habitaba, y en el que solo habia un jergon, contaba que habia sentido agolparse las lágrimas á sus ojos y que le habia dicho al comité que era imposible hacer guillotinar á aquella niña.

Pero sus observaciones no se habian escuchado, y la juzgaron y la sentenciaron como á los demás.

La pobre criatura vió guillotinar á sus cincuenta y tres compañeros, y antes de morir agonizó cincuenta y tres veces.

Por último llegó su vez.

—¡Oh! murmuró mi protector desconocido, ¡esa tambien, esa tambien! ¿No os parece infame? Y delante de tantos hombres que no dicen nada... ¡Oh! Ya se apoderan de ella... la hacen subir á la guillotina; ¿no les da verguenza? Mirad, mirad; ella misma se coloca sobre la tabla...

Entonces se oyó una voz dulcísima, que decia:

—Señor verdugo, ¿estoy bien así? Decidme.

Despues cayó la cuchilla y se oyó un ruido sordo.

El hombre que me sostenia cayó como herido por un rayo, y yo, en medio de aquel lúgubre silencio, grité:

—¡Ah! maldito sea Robespierre, y desgraciado el dia en que dió á la tierra y al cielo ese espectáculo... ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!...

Hubo un gran movimiento; me sentí llevada y oí confusamente estas palabras:

—¡El ciudadano Santerre se ha desmayado; pues cuidado, que ese es todo un hombre!

Cuando recobré los sentidos me encontré en un coche simon con dos agentes de policía, los que, segun pude comprender, me conducian á la cárcel.

Solo que desconociendo por completo el barrio de Paris en donde me encontraba, pues jamás habia pasado por él, pregunté que á dónde me conducian.

Uno de los agentes me respondió.

—A la cárcel de la Fuerza.

Al llegar á una encrucijada leí *calle Pavie*, y casi al mismo tiempo se abrió una maciza puerta y me encontré en un patio. Me hicieron bajar del carruaje y entrar en una habitacion de la cárcel.

Me preguntaron mi nombre.

—Eya, contesté.

—¿Vuestro apellido?

—No le tengo.

—¿Qué delito ha cometido? preguntó el alcaide.

—Lanzar gritos sediciosos.

El registro esta hecho.

—Bien, dijo el alcaide á los dos agentes, podeis retiraros.

Ambos salieron.

El carcelero me hizo subir al piso segundo. Cuando llegamos al corredor silbó á un perro enorme.

—No tengais miedo, me dijo, nunca ha hecho mal á nadie.

Hizo que el perro me olfateara.

—Ya este es vuestro guardian: si algun dia os diera la idea de escaparos, lo que dudo deseais, él se encargaria de impedirlo. Pero no os hará ningun daño, tranquilizaos. ¿Verdad, Pluton? El otro dia trató de evadirse un preso; Pluton le sujetó por la muñeca y me lo presentó sin un arañazo.

Entré en el cuarto que me tenia destinado.

—¿Creeis, le dije, que permaneceré aquí mucho tiempo?

—Tres ó cuatro dias, me parece.

—Mucho es, contesté.

El carcelero me miró con sorpresa.

—¿Teneis prisa? me preguntó.

—Mucha.

—Efectivamente, dijo; puesto que al fin se ha de concluir...

—Cuanto más pronto mejor, añadí.

—Si estais tan resuelta, ya hablaremos de eso.

—¿Qué quereis decir?

—Que os haré favor, como dicen en el teatro. Esta es la cárcel de los cómicos; aquí hemos tenido lo mejor de la Opera; ahora tenemos parte de la Comedia francesa, y entre tanto, ¿cómo vivireis?

—Como se viva aquí. Es la primera vez que vengo, añadí sonriendo, y no sé las costumbres de la casa.

—Quiero decir que si teneis dinero para que os hagan la comida aparte, ó si quereis comer el rancho.

—No tengo un cuarto, pero aquí teneis una sortija; su valor podrá costear mis gastos; me parece que podrá responder de dos ó tres dias de manutencion.

El carcelero examinó el anillo como aquel que conoce las alhajas. Efectivamente, hacia diez años que estaba en la Fuerza, y por sus manos habian pasado muchas joyas.

—¡Oh! exclamó, dos meses os mantendria con esta sortija, y aun no seria mal negocio.

Y llamó á su mujer.

—Señora Ferney.

Se presentó en seguida.

—Os recomiendo á la ciudadana Eva, encarcelada por gritos sediciosos. Dadle un buen cuarto y todo lo que pida.

—¿Hasta papel, tinta y plumas? pregunté.

—Papel, tinta y plumas; todos los presos piden lo mismo en cuanto llegan aquí.

—Vamos, veo que no me aburriré mucho tiempo.

—Lo creo así, contestó el carcelero; sin embargo, me alegraria teneros aquí lo más posible.

—¿Aunque fuera más de lo que dure el valor del anillo? le pregunté sonriendo.

—El tiempo que Dios quisiera.

La dulzura del carcelero, la buena educacion de su mujer y la palabra *Dios* que vibraba bajo las bóvedas de la cárcel me admiraban de más en más.

Han estado aquí tantos aristócratas que se ha dulcificado con su roce la rudeza de los carceleros.

Además, lo que yo he sabido despues es que Ferney y su mujer tienen la reputacion de ser en extremo bondadosos para con los presos.

La buena Ferney barrió el cuarto, puso sábanas limpias á la ca-

ma y me ofreció traerme papel, pluma y tintero, y me preguntó qué habia hecho para que me encerraran en la cárcel.

—Ya lo sabeis por el registro; he lanzado gritos sediciosos contra el rey Robespierre.

—Callad, hija mia, callad, me dijo: tenemos aquí muchos que desempeñan el ruin oficio de espías de la cárcel. Se acercarán á vos y os confesarán crímenes supuestos para que vos les confieis crímenes verdaderos; lo mismo para las mujeres que para los hombres. Desconfiad de todos; no podemos ménos de acoger á esa canalla, pero procuramos advertir á los presos, como hacen las personas honradas.

—¡Oh! yo no temo nada.

—¡Ah! pobre niña, lo mismo deben temer los inocentes que los culpables.

—Pero si yo soy culpable: he gritado: ¡abajo Robespierre! ¡abajo el mónstruo! Le he maldecido.

—¿Y para qué habeis hecho eso?

—Para morir.

—¡Para morir! repitió asombrada la buena mujer.

Y tomando la vela, me miró con atencion, y continuó:

—¿Morir vos? ¿Qué edad teneis?

—Acabo de cumplir diez y siete años.

—Sois hermosa.

Me encogí de hombros.

—Vuestro traje anuncia que sois rica.

—Lo he sido.

—¿Y deseais morir?

—Sí.

—¡Vamos! ¡vamos! paciencia, dijo en voz baja: esto no puede durar mucho; os lo aseguro.

—¿Qué me importa? Que dure más ó ménos, es lo mismo para mí.

—Ya comprendo, dijo la carclera poniendo de nuevo la luz encima de la mesa y continuando su limpieza. ¡Pobre jóven! La han guillotinado á su amante y desea morir.

No contesté, y continuó su ocupacion.

Cuando concluyó me preguntó qué deseaba cenar.

La pedí una taza de leche.

Poco despues subió con la taza de leche, papel, tintero y plumas.

—¿No sabeis á quién acaban de traer á la cárcel?

—No.

—A Santerre, ¡hija mia! al famoso Santerre; el rey del arrabal de San Antonio. ¡Ah! lo que es á ese no le guillotinarán sin que griten. ¿Deseais verle?

—Le conozco.

—¿De veras?

—No solo me apoyaba en su brazo cuando me prendieron, sino que tal vez soy la causa de su prision. Quisiera que me perdonara, eso sí; ¿podré verle, podré hablarle un momento?

—Voy á decírselo á Ferney; creo que no habrá inconveniente. ¡Ah! por lo ménos aquí los presos no están incomunicados: pueden verse y hablarse y prestarse consuelos mutuamente.

La carcelera salió: permanecí pensativa y meditabunda, y haciéndome de nuevo esta pregunta:

—¿Qué es el destino?

Hé aquí un patriota conocido más bien por su impetuosidad que por su indiferencia. Ha tomado parte en todo lo que se ha hecho desde la toma de la Bastilla hasta hoy. Ha tenido como un leon con cadena al arrabal; ha prestado grandes servicios á la revolucion, y ha tenido la curiosidad, como yo, de presenciar esa ejecucion monstruosa.

Le encontré; el temor de verme envuelta y ahogada entre la multitud me hizo apoyarme en su brazo. La vista de tal espectáculo produjo en nosotros dos resultados opuestos.

A él le abatio, á mí me exasperó y me arrancó una maldicion para el verdugo, y hénos aquí en la misma cárcel, tal vez destinados á ir al cadalso en la misma carreta.

Si no le hubiera encontrado, para mí era lo mismo, pues que mi resolucion estaba tomada; pero ¿y para él, lo hubiera sido?

En el momento en que me entregaba á estas reflexiones, se abrió la puerta y oí la voz fuerte del cervecero, que decia:

—¿A dónde está la linda ciudadanita que desea que yo la perdone? Nada tengo que perdonarla, absolutamente nada.

—Sí tal, le dije, porque es probable que haya tenido la culpa de que os encontreis aquí.

—¿Qué estais diciendo? La culpa fué mia, que me desmayé como una mujer. Desmayarse es un crimen.

¿Pero quién habia de pensar que un elefante como yo podria desmayarse? Soy un animal. Pero confesad que desgarraba el alma la voz de la pobrecita Nicole, que le decia con voz dulce al verdugo: «¿Estoy bien así, señor verdugo?» No habeis podido contener la maldicion que se escapaba de vuestros lábios y se la habeis lanzado al rostro: habeis hecho bien; que destroce las entrañas de los que no han tenido valor para escupírsela en su cara. ¡Oh! esas muertes, esas ejecuciones de mujeres serán su perdicion.

—¿De modo, que me perdonais?

—¡Ah! ya lo creo; ¡os admiro! ¡os alabo! Tengo una hija de vuestra edad, no tan bella como vos; pues bien, quisiera que hubiera hecho lo mismo, aunque muriera como debeis morir y aun cuando tuviera que acompañarla yo y subir con ella.

—Celebro oiros hablar así, Sr. Santerre. Sabiendo que os habian conducido á la cárcel por mi causa, no hubiera muerto tranquila.

—¡Morir! No, todavía no. ¡Ah! Cuando sepan en mi arrabal que estoy preso, va á causar una revolucion. Quisiera estar allí para ver á mis cortesanos...

—Sí; pero sabed ante todo, Sr. Santerre, y es que, suceda lo que quiera, no hareis nada para salvarme, porque os advierto que mi deseo es morir.

—¿Morir vos?

—Sí; y si os lo ruego me ayudareis, ¿no es cierto?

Santerre sacudió la cabeza.

—Repetidme una vez más que me perdonais y volved á vuestro cuarto.

La ciudadana Ferney me hace señas de que es tiempo que nos separemos.

—Os perdono con todo mi corazon, me contestó, aun cuando nuestro encuentro me condujera á la guillotina. Hasta mañana.

—¿Cómo decís hasta mañana?...

Me volví á la ciudadana Ferney.

—¿Podremos vernos mañana?

—A las horas de paseo.

—Entonces digo como vos, ciudadano Santerre: hasta mañana. Salió. Tomé mi taza de leche y me puse á escribirte todo lo que antecede.

En este momento dan las dos de la madrugada en la casa de Ayuntamiento. No puedes figurarte la tranquilidad que experimento al pensar que mañana ó pasado descansaré en la tumba.

## XXI.

## El manuscrito.

(Continuacion.)

*Cárcel de la Fuerza 18 de Junio de 1794.*

Amigo mio: Creo que he tomado ya idea de lo que es la muerte: he dormido seis horas, y mi sueño ha sido profundo, sin ensueños y libre de todo sentimiento.

Pero, sin embargo, aunque se busque una comparacion, nada puede parecerse á la muerte.

Si la muerte fuera un sueño como el que yo he tenido, nadie temeria la muerte, así como no se teme al sueño.

Lavoisier ha dicho que el hombre era *gas sólido*; no puede reducirse á más sencilla expresion su personalidad.

El cuchillo cae sobre el cuello y el gas se disuelve.

¿Pero ese gas que constituye al hombre, á qué se reduce cuando se mezcla de nuevo á ese todo infinito, es decir, cuando vuelve á su manantial?

¿Qué era antes de nacer?

Nada; porque antes de nacer era *la nada*.

La muerte es necesaria, tan necesaria como la vida. Sin la muerte, es decir, sin la sucesion de los séres, no habria progreso, no habria civilizacion.

Sucedándose unos á otros, pueden las generaciones ensanchar los horizontes y el porvenir.

Sin la muerte, se estacionaria el mundo.

¿Pero qué hace la muerte con los muertos?